



BUDDY BERLIN (© 2015 LITERARY E / © 2015 LITERARY ESTATE OF LUCIA BERLIN)

Carisma y talento convirtieron a Lucia Berlin (Alaska, 1936-California, 2004) en escritora de culto

Publican los relatos autobiográficos que dejó inacabados Lucia Berlin antes de morir

# Dime donde vives y te diré qué buscas

NÚRIA ESCUR  
Barcelona

Con esta publicación se agota todo lo que quedaba por editar de esta escritora genial cuya obra no alcanzó los muros de la popularidad hasta diez años después de su muerte, con su *Manual para mujeres de la limpieza*, relatos que la inscribieron definitivamente entre los nombres más destacados de la literatura americana contemporánea.

No sabemos si tuvo más oficios que domicilios. Porque Lucia Berlin fue, a ráfagas, telefonista, mujer de la limpieza, administrativa en un hospital —“me gusta trabajar en Urgencias, por lo menos ahí se conocen hombres”, escribía en su fantástico relato *Mi jockey*—, maestra en cárceles, profesora de universidad... Pero lo que sí sabemos es que, oficialmente, ya no queda nada más por publicar de Berlin. *Bienvenida a casa* (Alfaguara) y su versión catalana *Benvinguda a casa* (L'Altra Editorial) estarán juntas, en las librerías, a partir de hoy. De momento, no hay más inéditos.

En el 2004, antes de morir, Berlin estaba trabajando en un libro que bien podría definirse como *patchwork autobiográfico*. Retazos de su vida, con núcleo común: la casa. Su propio hijo, al inicio del volumen, recuerda una de las frases de su madre

que refleja esa obsesión por encontrar un lugar en el mundo: “He vivido en tantos sitios que da miedo... Pero, precisamente, porque me he movido tanto, los lugares son algo muy importante para mí. Siempre busco... Siempre busco mi casa”.

El libro arranca en el año 1936, año de su nacimiento, en Alaska, y acaba prematuramente en 1966, en el sur de México. Por el camino, paisajes que

## ADEMÁS DE ESCRITORA

**Fue telefonista, mujer de la limpieza, administrativa de hospital, maestra en prisión, profesora de universidad...**

## INÉDITOS

**Incluye la lista de dieciocho casas que llegó a considerar “hogares” y las carencias por las que las abandonó**

pisaron sus pies: rincones de Argentina, calles de Kentucky, Nueva York, Chile... Y en todos ellos esa capacidad tan suya, nada fácil de encontrar en prosa, de sacar destellos de luz de las tinieblas. Incluso de la tristeza más densa o de los escenarios más amargos se salva con el humor.

Su hijo Jeff Berlin ha querido llenar los vacíos que este manuscrito, desgraciadamente interrumpido, añadiendo una colección de fotografías y una serie de cartas personales, que ayudan a recomponer la intensidad de una vida agitada y tragicómica. No se excluye nada. La vida de Berlin tuvo episodios de esplendor, reconocimientos, claridad, amor, pero también épocas sórdidas, adicciones (ella, el alcohol, su marido, la droga) y una inalterable fidelidad a lo auténtico. Por muy cruenta que la realidad fuera.

El año pasado su ejército de acólitos pudo disfrutar de *Un vespre al paradís* y, como siempre ocurre con Berlin, se reencontró con esa mezcla inusual de oscuridad y vitalidad, extrañeza y lucidez. El último párrafo de *Bienvenida a casa* quedó inacabado porque se lo robó la enfermedad. Describía el interior de un coche: “Sólo quedaba un poco de espacio para cambiar a David, cortar la ropa y limpiar a todos; diarrea y vómitos. Buddy, encogido en el asiento de delante, temblaba espasmódicamente”.

Además del catálogo de fotografías, una de las aportaciones más interesantes de *Bienvenida a casa* (inevitablemente completado con otros materiales) es un listado elaborado por Lucia Brown Berlin (el Berlin era de su marido) de la mayoría de casas —aquellas que consideró hogar— donde habitó. En total, dieciocho. Lugares distintos y dispares. Y, al lado, apuntadas, las carencias de cada una y las razones por las que las abandonó. De terremotos a inundaciones, paredes de papel, cucarachas y plaga de langostas, pasando por separaciones sentimentales y desahucios. Múltiples parejas, varios hijos.

Sobre la casa de Greenwich Street apunta: “Sin calefacción los fines de semana. Niños con manoplas para dormir. Yo, guantes para escribir a máquina. Encima, una fábrica de jamón dulce; mis libros de W.H. Hudson todavía huelen a jamón veinticinco años después”.

Nos vamos a quedar con ganas de más Lucia. Herederos, buscad por los cajones de todas esas casas, a ver si hay suerte.●

Jordi Balló



## Conan, el guerrero

La escena dura más de seis minutos y está colgada en los videos oficiales de la Casa Blanca. Donald y Melania Trump y el vicepresidente Mike Pence aparecen ante los periodistas acompañados del perro Conan y de su cuidador, que le lleva atado con una correa azul. Durante estos seis minutos Donald Trump explica las virtudes militares del perro, que ha sido uno de los artífices de la persecución, acoso e inmolación del dirigente terrorista Abu Bakr al Bagdadi. Solo de entrada, Trump ya avisa del peligro latente: “Si Conan abre la boca, seguro que moriréis”, declara ante el auditorio, para introducir las virtudes guerreras del animal, que el presidente y el vicepresidente consideran un “héroe nacional” al que han decidido condecorar con medalla y placa. De hecho toda la secuencia está marcada por este aviso de la capacidad letal del perro ante el aviso de un peligro externo.

En toda la secuencia, Melania está un poco apartada del grupo principal y no se acerca. El que tiene más papel es el vicepresidente Pence, que se sitúa entre Trump y Conan, y, después de susurrar al cuidador pidiéndole consejo sobre si puede tocar el animal, se dedica casi cinco minutos a acariciarlo. A pesar de la imparable verbalidad de Trump, que pontifica sobre el valor del perro, su sentido del olfato y cómo ha superado la herida de una explosión, quien más quien menos concentra su mirada en Conan y su reacción ante el grupo humano

“Si Conan abre la boca, seguro que moriréis”, dice Trump para introducir las virtudes guerreras del animal

que le rodea, especialmente la mano de Pence. No parece que el perro tenga ninguna intención de romper la solemnidad del momento.

Una de las cosas que hace que los filmes protagonizados por animales sean interesantes es su imprevisibilidad. La película *Megan Leavey* narra una historia basada en hechos reales, protagonizada por la militar que da título al filme y el perro Rex, al que ha adiestrado para desactivar bombas durante la guerra de Irak. Cuando Rex es herido por la explosión de una bomba, Leavey intenta adoptarlo y devolverlo a la vida civil. Parecerá una misión imposible porque Rex es un perro muy violento, y ella debe garantizar que será capaz de conseguirlo.

El filme trata sobre instintos y racionalidad, sobre el mecanismo del adiestramiento para matar en relación al devenir normal de un animal. Lo más inquietante de esta biografía es que supone el primer filme de ficción de la directora británica Gabriela Cowperthwaite, mundialmente famosa gracias a su anterior película documental *Black Fish*, en la que asistíamos a varias acciones violentas de unas orcas en cautiverio, con algunas imágenes terribles sobre cómo una de estas orcas atacaba y mataba a algunos de sus cuidadores.

Es fácil imaginar que si Cowperthwaite se interesó por la historia de Rex y Leavey es porque quería desarrollar un imaginario que estaba en el centro aterrador de *Black Fish*: la acción distorsionadora de la humanidad contra la lógica de la vida instintiva. Vamos, que a pesar de que el acto promocional de Trump y Pence esta vez les ha salido bien, yo no abusaría de este tipo de celebraciones de heroísmo nacional.